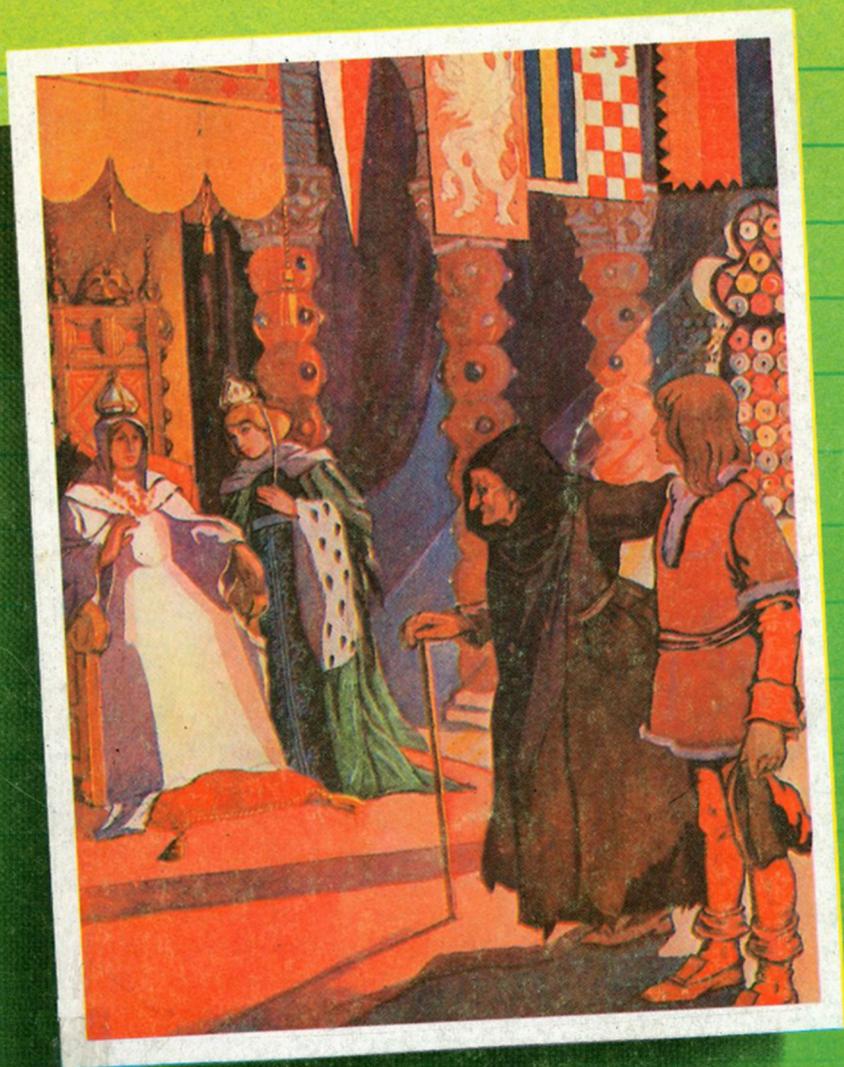


Cuadernos Vallisoletanos



CUENTOS TRADICIONALES

Edita: Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular
Fuente Dorada, 6-7. Valladolid

Dirección:
RAMON GARCIA

Redacción:
JESUS URREA
JOAQUIN DIAZ
LUIS FERNANDO GONZALEZ

Ilustraciones: Archivo autor.

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 437.—1987

NUESTRA PORTADA

Dibujo de Marco grabado por Thomas, para «La recompensa de Axim», publicado por Saturnino Calleja.

CUENTOS TRADICIONALES EN VALLADOLID

Por Joaquín Díaz

Teniendo en cuenta el título de la serie «Cuadernos Vallisoletanos», se podría pensar que este número está dedicado a los cuentos de Valladolid. En parte sí y en parte no; son de Valladolid porque aquí han sido recogidos —en la capital y en la provincia, de labios de personas que los oyeron contar a sus abuelos—, y no lo son porque normalmente su origen se remonta a épocas pretéritas en las que lo regional o lo nacional tenían un sentido distinto al que actualmente se les da o, simplemente, no tenían ningún sentido. En cualquier caso pertenecen a ese acervo universal del que el ser humano extrajo metas y objetivos comunes en estadios culturales primitivos. Alguno de ellos, incluso, podría considerarse como un fragmento desprendido de lo que los psicólogos llaman «inconsciente colectivo» y que es algo así como el sueño de la Humanidad encerrado en un baúl al que, de vez en cuando, acudimos, para abrirle y extraer de él algún antídoto contra la realidad tóxica y ponzoñosa.



Dibujo de Gustavo Doré grabado por Pannemaker para «Caperucita Roja», de Charles Perrault. 1862.

CARACTERÍSTICAS DEL CUENTO POPULAR

TODOS los cuentos que componen esta breve antología han sido recogidos en Valladolid directamente por mí o proporcionados amablemente por otros recopiladores. Se ha intentado reunir el mayor número y variedad de temas (cuentos maravillosos, de pruebas, de oficios, de animales, etc.) con la pretensión de reflejar no sólo la riqueza y abundancia del material, sino el amplio panorama de argumentos que la tradición narrativa popular contiene. El hecho de que la transmisión de estos textos se haya realizado oralmente no implica que sea la única vía que han seguido a lo largo de su historia; en realidad, como después se verá, muchas colecciones escritas de cuentos han sido fuente frecuente para esos narradores que ahora nos los entregan entremezclados con aquellos otros que la propia herencia familiar o comunitaria les hizo llegar de boca en boca. La combinación de ambos tipos de narraciones dentro del cauce de la tradición no resulta, pese a su diversidad de orígenes, demasiado chocante pues los propios narradores se encargan, con su labor tan interesante como poco conocida, de dar a todo ese corpus un estilo homogéneo.

LOS ESPECIALISTAS

Los cuentistas o narradores de cuentos forman, dentro de la vida tradicional, un grupo especial —o, por mejor decir, especializado— cuyas características suelen coincidir (de hecho casi siempre son las mismas personas) con las de los cantadores de romances, los recitadores de adivinanzas o trabalenguas, o los grandes conocedores de proverbios y refranes. Estos especialistas poseen una memoria envidiable, un interés especial (y desusado en otros miembros de su comunidad) por la cultura o conocimiento tradicional y una facilidad gestual o de palabra para comunicar ese respetable bagaje. Las circunstancias diversas en las que normalmente han tenido que transmitir o relatar esos cuentos les ha conferido, además, una extraordinaria versatilidad; no es lo mismo que el auditorio esté constituido por personas mayores reunidas alrededor del hogar, que por uno o dos niños a los que se debe dormir. De hecho, las variantes que dan origen a las miles de versiones actuales suelen proceder de esa naturalidad con que el



Grabado de Otto Ubbelohde para el cuento «La mesa, el burro y la vara», de los Hermanos Grimm. 1911.

especialista amplifica o sintetiza los pormenores del relato: Tan pronto explica detalladamente la vestimenta de un soldado o la catadura de un feroz gigante, como, un poco más allá, en otro ambiente, lo reduce todo a cuatro rasgos trazados con la habilidad de un experto pintor.

Si bien no hay edad precisa para ser un buen narrador, la experiencia es un grado; he visto a niños de diez y doce años expresarse con una sorprendente comodidad y con un gracejo admirable, pero la capacidad histriónica, la diversidad de gestos, el énfasis que conviene dar a determinadas frases, la importancia del mimo, el tono de voz adecuado, todo eso y más, sólo el tiempo y la práctica lo confiere. Es ésta, entre otras, la razón por la cual los mejores especialistas son abuelos o abuelas, identificados ya por completo con ese mundo, tan conocido para ellos que a veces les resulta difícil deslindar los campos de la ficción y de la realidad. Gracias a esta condición han entrado en nuestra mitología personajes de otras mitologías o se han adecuado las características de los héroes hasta convertirlos prácticamente

en uno más de la familia. Lástima que un uso tan inadecuado de los medios de comunicación, junto a una variación de la jerarquía familiar, esté creando desde hace años una situación difícil a todos estos especialistas que detentan en su memoria la memoria de todos. Conveniría intentar que esas personas mayores se sobrepusieran a esta circunstancia en la que aparentemente ya no son necesarios, creándoles la sensación de que todo lo que comunican tienen un valor, incluso en una época como la nuestra, tan menguada de valores que no sean los económicos. Es una tarea colectiva en la que la propia Sociedad y su secular cultura tradicional saldrían favorecidas.

REPERTORIO Y FUENTES

La riqueza y variedad del repertorio provienen de esa multiplicidad de fuentes en que los narradores tradicionales han bebido. Colecciones de cuentos españoles, desde los Ejemplarios medievales o el Conde Lucanor hasta los contemporáneos de Saturnino Calleja, se han mezclado con traducciones más o menos atinadas de las versiones de Charles Perrault, de los hermanos Grimm o de Hans Christian Andersen. Tal diversidad de procedencias, unida a la costumbre tan española de considerar lo popular como anónimo, ha facilitado que, tanto argumentos completos como secuencias y fragmentos vayan de unas narraciones a otras produciéndose un intercambio fructífero para la propia creatividad. Así, aspectos disgregados de la cultura universal se manifiestan en unos y otros relatos con diferentes fines: La vara de la virtud o varita mágica que otorga poderes a quien la maneja; la facultad de curar sin ser médico gracias a trucos naturales o sobrenaturales; las pruebas que amos y criados se ponen mutuamente para obtener dominio unos sobre otros... Incluso motivos más anecdóticos que a veces dan origen a series

de cuentos, como la costumbre de volverse el cura en la iglesia para decir algo o la manía del sacristán de comunicar con el párroco por medio de canciones o del órgano para no interrumpirle en sus funciones religiosas... Este amplio muestrario de pequeños pormenores se interpola y superpone con grandes temas cuentísticos como el amor, la riqueza y la pobreza o el núcleo familiar para constituir la perpetuamente mudable maravilla del cuento tradicional. Es éste el hilo conductor que atraviesa la narración, al que se van adhiriendo (o del que se desgajan) con el tiempo los breves episodios de que hablábamos. Como fuerzas vectoriales de ese hilo conductor se nos muestran las relaciones entre personajes: Relaciones familiares, tanto directas (padres con hijos, madres con hijas, hermanos entre sí) como indirectas (madrastras, suegras, etc.); relaciones sociales (amos con criados, listos con tontos); del hombre con la Naturaleza (vegetales, animales, minerales); de unos grupos étnicos con otros (de las que se suele desprender una crítica, velada o no, hacia actitudes o formas de ser. Son frecuentes, por ejemplo, en Valladolid los cuentos acerca de gitanos o gallegos, grupos sobre los que el campesino debe tener un control para defender sus intereses); y por último, relaciones del ser humano con fuerzas superiores (tanto gigantes, brujas o hadas, como los Santos, la Virgen o Jesucristo). No se piense que quedan excluidos de esta lista los cuentos de relaciones entre animales, ya que éstos sólo constituyen una excusa o ropaje para analizar, censurando o alabando, un tipo de comportamiento humano.

LAS CLASIFICACIONES

Los estudiosos, y eventualmente los propios coleccionistas, han incurrido en el error de intentar clasificar los materiales compilados. Y digo error porque algo tan difícilmente definible como es el



Grabado de Otto Ubbelohde para el cuento «La liebre y el erizo», de los Hermanos Grimm. 1911.

cuento mal puede ser clasificado si no se conocen muchas veces los elementos de que está compuesto o varían con tal facilidad que los límites se dibujan confusos o difuminados. Así, un cuento perteneciente al género maravilloso como el de Caperucita y el lobo puede ser al mismo tiempo un cuento de animales o un cuento de ejemplaridad social, que son las tres divisiones clásicas que el estudioso suele aplicar o usar. Del mismo modo, un relato en que aparecían personajes o hechos fantásticos puede quedar reducido, por el uso o la degeneración, a una simple historia de sucesos normales o naturales.

No obstante, investigadores como Vladimir Propp o Claude Levi-Strauss intentaron demostrar en sus trabajos que tales clasificaciones obedecen a una ordenación permanente de materiales dentro del cuento. Es decir, que cada relato sigue (sobre todo los de tipo maravilloso o fantástico) un esquema o estructura más o menos riguroso cuyos principales puntos se repiten indefectiblemente en todas las versiones. Otros estudiosos, como el finlandés Antti Aarne, crearon escuela con sus clasificacio-



«Tírame tus cabellos que subiré por ellos». Dibujo de Walter Crane, grabado por Swain, para el cuento «Rapunzel». 1882. Londres.

nes temáticas que ampliaron y profundizaron Stith Thompson y Ralph Boggs. Pese a lo prolijo y completo de tales ordenaciones, se les podría aplicar la misma crítica: Un cuento puede a veces estar clasificado bajo diversos apartados o pasar de uno a otro por el simple capricho de un especialista que olvida (a propósito o no) determinados pasajes del texto que eran primordiales para su clasificación. No cabe duda, sin embargo, que este tipo de ordenaciones (temática, literaria, por actantes, etc.) ha servido ocasionalmente para facilitar al lector un índice sistemático o, simplemente, para satisfacer la pequeña y disculpable vanidad del sabio que cree haber inventado un orden nuevo.

ESTRUCTURA DEL CUENTO Y VALORES

Hay que reconocer que, en cualquier caso, el cuento o narración ostenta una estructura. Es algo así como una obra de teatro con diferentes actos en los que los personajes se presentan o son presentados, actúan, se relacionan y son premiados o castigados de acuerdo a un código de conducta. En el cuento, más que de una intención moralizante cabría hablar de una permanente antítesis de valores. Sus guiones son, en el fondo, una innegable lucha de buenos contra malos, de actitudes perversas contra formas candorosas de ver la vida. Y tales actitudes, desde luego, se producen sin ambigüedades ni medianías con respecto a las normas o leyes morales que rigen el relato. Por supuesto que estas leyes no siempre coinciden con las que puede exteriorizar una sociedad en un momento determinado, lo que explicaría, en el caso de España, la mala fama del cuento entre determinados sectores de la sociedad urbana; frases como «ser un cuentista», «no me vengas con cuentos», «vivir del cuento» o «eso son patrañas», vendrían a demostrar hasta qué punto las directrices morales de los



Ilustración de John D. Batten, para el cuento «Cabe-cita y los hijos del rey». 1894.

llamados poderes fácticos no han coincidido demasiado a menudo, para bien o para mal, con la forma primitiva, pero directa y clara, de concebir la ética en los cuentos.

Dentro de esa estructura que mencionaba existen fórmulas, tanto para principiar y finalizar como repartidas a lo largo del relato, que facilitan la recordación o permiten al auditorio ambientarse ante una situación distinta de la realidad; quien escucha «érase una vez»... sabe que ya puede entrar en un mundo o en un entorno diferente al que está viviendo, así como frases del tipo «colorín colorado» pueden poner fin a ese mágico viaje por parajes irreales. Fórmulas rimadas, sobre todo si van acompañadas de alguna melodía pegadiza, son además un medio frecuentemente utilizado por los especialistas para que determinados pasajes permanezcan vivos en la memoria de los oyentes. Los dibujos, los «comics», o la misma televisión que nos



Grabado para «El joven gigante».

da el relato en imágenes, son medios que limitan la fantasía al representar iconográficamente a personajes cuyo porte y atuendo fueron detalles que siempre corrieron a cargo de la imaginación de cada cual.

EL CUENTO NO MUERE

La situación actual, pese a todo, no es tan catastrófica como algunos intentan hacer ver. Ciertamente hay menos tiempo para comunicar y que se hace más aceleradamente que antes, pero se comunica. De hecho cualquier persona que haya estudiado el tema puede hallar una relación directa entre la temática de muchos chistes actuales y la contenida en pequeños fragmentos de cuentos populares.

Parte del conocimiento tradicional se refugia así en un vehículo de comunicación cultural tan efectivo y directo como el chiste, del que se podría incluso decir que cuando se agrupa con otros de un mismo personaje formando una especie de saga, llega a constituir un nuevo cuento. De ello podrían ser ejemplos las facecias sobre Quevedo, Otto y Fritz, Jaimito y otros, así como los chistes dedicados a los habitantes de un pueblo, de una raza o de una nación. Conviene saber, finalmente, que la popularización por medio del cine de personajes como Blancanieves o Cenicienta, debida a la habilidad de Walt Disney, no ha hecho sino actualizar figuras que, como demostró Rodríguez Almodóvar, ya existían hace siglos en la tradición española aunque fuera con rasgos más groseros y contenido menos «blanco».

ANTOLOGIA

LOS MESES DEL AÑO

Este era un labrador muy pobre que vivía al día. Y un año de mala cosecha, como no tenían para comer, salió a los caminos a pedir; andando andando; llegó a una casa y llamó a la puerta:

—¿Quién es?

—Un pobre.

—Entre.

Pasó el labrador y vió sentados a doce viejos alrededor de una mesa.

—Siéntese usted, que comerá con nosotros un pocillo de sopas.

—Mientras comían, le preguntó uno de los viejos qué tal se portaba enero en su tierra.

—Enero es el mes primero —contestó el labrador—. Escarda por enero y agranda el granero.

—¿Y febrero? —dijo otro—.

—Avena de febrero llena el granero.

—¿Y marzo?

—Marzo ventoso y abril lluvioso sacan a mayo florido y hermoso.

¿Y junio? —preguntó otro de los comensales—.

—Por San Juan, aceite para entinar.

—¿Y julio?

—Por el Carmen todo el mundo come carne.

—¿Y qué me dices de agosto? —saltó otro viejo—.

—En abril espigado, en mayo granado, en junio segado, en julio trillado y en agosto encamarado.

—¿Septiembre?

—Por San Miguel gran calor, será de mucho valor.

—¿Y octubre?

—Por octubre, estercola y cubre.

—¿Qué tal se porta noviembre? —preguntó otro viejo—.

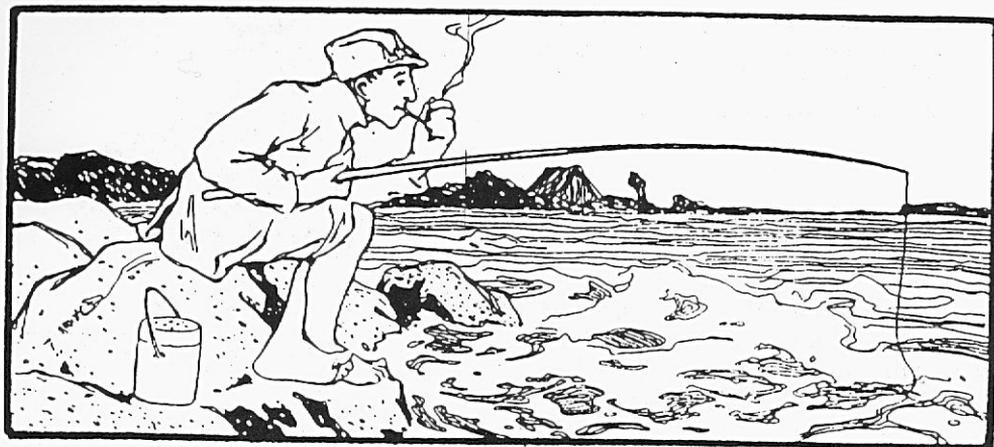
—En noviembre cojo la oliva siempre.

—¿Y diciembre? —dijo el último viejo, que estaba sentado en un rincón, muy abrigado—.

—Diciembre, el mejor mes de siempre, porque no trabajamos los labradores.

—Bueno —dijo uno de los viejos—, pues ya que te parecen buenos todos los meses, te vamos a dar esta vara para que veas tu mesa llena de alimentos en cualquier estación y nunca más pases necesidad. Basta con que la digas:

«Vara de la virtud,
por los meses del año
que mi casa no pase
pena ni daño».



«El pescador y su mujer», de los Hermanos Grimm. Dibujo de Otto Ubbelohde.

Así fue. Llegó a su casa y bastó con que dijera la frase para que al instante se llenara la mesa de los más ricos y variados manjares.

Pero había en el mismo pueblo otro labrador, que era muy envidioso, y al ver la abundancia de su vecino le preguntó qué había hecho para conseguir tanta riqueza. Con la mejor voluntad e intención del mundo, el buen labrador le contó que había salido por los caminos a buscar la vida y unos ancianos le habían ayudado.

—Ah, pues a mí también tienen que ayudarme.

Y movido de una gran ambición siguió la senda que le indicó su vecino. Al llegar la noche vio una cueva donde había unos hombres calentándose alrededor de una fogata. Se acercó y uno de ellos le preguntó qué tal era enero en su tierra.

—Enero y febrero, para mí no los quiero.

—¿Y marzo? —preguntó otro—.

—Marzo y abril no se pueden sufrir.

—¿Y mayo?

—Mayo, mes malo.

—Y de junio, ¿qué me dice?

—Que si junio es ruín, lo es hasta el fin.

—¿Y julio?

—Pues que en julio atruena mucho.

—¿Y agosto?

—Agosto frío en el rostro.

—¿Y septiembre?

—Septiembre y octubre, el frío te cubre.

—¿Noviembre?

—En noviembre, el que tenga que siembre.

—¿Y diciembre?

—En diciembre siete galgos y una liebre y se va por donde quiere.

—Vaya, pues ya que le parece a usted tan malo el año le vamos a dar esta vara para que mejore su situación; tiene usted que decir:

«Vara de la virtud
por los meses del año
que mi casa no pase
pena ni daño».

Llegó a su casa y pensó:

—Sí, yo tendré para comer, pero mi vecino será más rico porque le dieron la vara antes y eso no puedo soportarlo.

Así que cambió la frase y dijo:

«Vara de la virtud,
por los meses del año
que mi vecino quede
tan pobre como antaño».

Y en ese momento empezó la vara a darle de zurriagazos hasta que se arre-pintió de su maldad. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

LA COCHINA CENICIENTA

Pues este era un señor que tenía una hija preciosa a la que quería mucho; su esposa había muerto al nacer la niña y por no tener tan sola a la pequeña se volvió a casar. Pero lo hizo con una viuda que tenía dos hijas y, claro, como no eran de la misma sangre, no querían nada a la pobre niña que, no sólo cargaba con las tareas pesadas y desagradables de la casa, sino que, para colmo, era castigada por la madastra cada dos por tres.

Un día salió de viaje el señor y preguntó a las hijas:

—¿Qué queréis que os traiga?

—Pues a mí —saltó la mayor— un vestido muy bonito, muy bonito, de color rojo.

—Para mí —dijo la otra—, un collar muy brillante, muy brillante.

—¿Y tú? —preguntó el padre a su hija.

—Pues tráigame una ramita con nueces.

—Mira la cochina cenicienta lo que pide —comentaron las hermanas entre sí riéndose—. ¿Para qué lo querrá?

Conque volvió el señor del viaje y trajo los regalos correspondientes para todas. Pero de allí a poco enfermó y murió en un plazo breve, no sin antes encomendar a su hija que obedeciese a la madrastra y observase siempre una conducta ejemplar.

En esto se anunciaron tres días de baile porque el hijo del rey quería buscar esposa y, claro, a las hermanastras les faltó tiempo para enterarse y empezar a soñar con la oportunidad tan espléndida de salir de su soltería.



Ilustración de Apeles Mestres grabado por Fuster, para el cuento «La historia de Valdemar Daa», de Andersen. 1881.

—¿Puedo ir yo, madre? —preguntó la niña.

—¿Tú? ¿Es que quieres ponernos en ridículo, cochina cenicienta? Tú te quedas escogiendo lentejas en la cocina, que es tu sitio.

Y la tiró un plato con lentejas y cerró la puerta. Cuando se fueron, cogió la vara de nueces y dijo:

—Varita de la virtud
préstame un traje
que sea de raso y oro
con mucho encaje.
También un coche,
para volver a casa
a la media noche.

Y apareció un precioso vestido negro de raso que se puso, y se fue al baile. Allí todos quedaron prendados del porte y la belleza de la niña, en especial el príncipe, que no hacía sino dar vueltas a



«Morraha». Cuentos Célticos de Joseph Jacobs. Grabados de John D. Baften. 1894.

su alrededor; cuando por fin pudo hablar con ella le preguntó:

—¿De dónde eres? No te había visto nunca.

—Soy de... Plato. (Se acordó del plato que le había tirado la madrastra).

Pero antes de que hubiera tenido tiempo el Príncipe para reaccionar, salió ella corriendo y se metió en el coche para llegar a casa antes que la madrastra y poder escoger las lentejas.

—Varita de la virtud, que se escojan estas lentejas.

Y se escogieron solas. Y cuando llegaron sus hermanastras empezaron:

—Cochina cenicienta, vaya envidia que habrías pasado en el baile. Había una señorita de negro que parecía una princesa.

—Princesa sí, princesa no, también podría ser yo.

—¿Tú? ¿Con esa facha?

Y se echaron a reír.

Al día siguiente, a la hora del baile, volvió a insistir la niña:

—Madre, ¿puedo ir yo?

—Tú te quedas limpiando la cocina.

Y la tiró la escoba a la cabeza.

Cuando salieron, tomó la vara en sus manos y dijo:

—Varita de la virtud
préstame un traje
que sea de seda y plata
con mucho encaje.
También un coche
para volver a casa
a la media noche.

Se puso el traje y se fue al baile. Al verla, el príncipe se acercó para bailar con ella; pero ella no conversaba: a todo le decía que sí o que no, pero ni una palabra más.

—¿Así que eres de Plato? —recordó el príncipe—. ¿Y cómo te llamas?

—Pues... me llamo Escoba. (Se acordó de la que le había tirado la madrastra).

Y ante de que él tuviese tiempo de preguntarle más cosas, salió corriendo y se montó en el coche. Cuando llegó a casa dijo:

—Varita de la virtud, que se barra la cocina.

Y la escoba empezó a bailar y barrió la cocina en un periquete.

Al regreso, las hermanastras volvieron a insistir:

—Cochina cenicienta, vaya envidia que habrías pasado hoy de la señorita que te dijimos. Iba primorosa, con un vestido blanco bordado en plata, que parecía una princesa.

—Princesa sí, princesa no también podría ser yo

—Esta cochina cenicienta está cada día peor. —Rieron las hermanas—.

Al tercer día, a la hora del baile, sucedió lo mismo que en los días anteriores.

—Madre, ¿puedo ir?

—Qué pesada es esta chica. ¿No te he dicho que no? Te quedas en casa preparando la cena para cuando lleguemos, que vendremos hambrientas.

Y le tiró una berza a la cabeza.

Tan pronto como salieron tomó la vara y dijo:

—Varita de la virtud
préstame un traje
más bello que ninguno
con mucho encaje.
También un coche
para volver a casa
a la media noche.

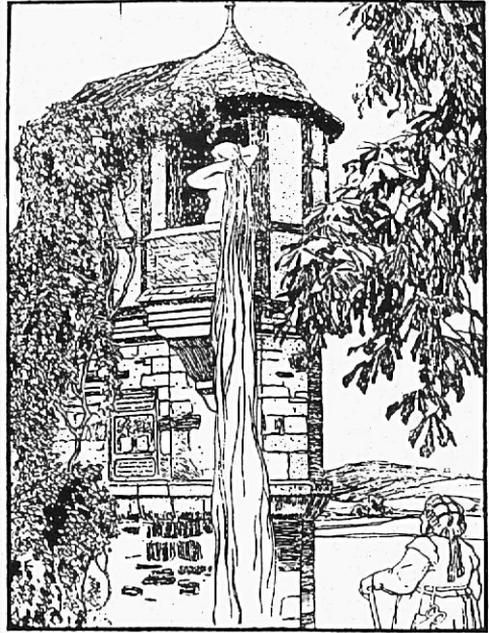
Se vistió y apareció resplandeciente en el salón de baile. El príncipe, que ya estaba perdidamente enamorado, intentó por todos los medios bailar con ella, pero eran tantos sus compromisos que hasta cerca de las doce no pudo acercarse.

—Habíamos quedado ayer en que eras de Plato y te llamabas Escoba. He mirado todos los pueblos y ciudades de este reino y ninguno se llama así. ¿De qué país eres?

—De... de... de Berza. (Se acordó de la berza que le había tirado la madrastra).

Y echó a correr hacia el coche, con tan mala fortuna que, por las prisas, perdió uno de los zapatos. El príncipe lo recogió y se prometió a sí mismo buscar al día siguiente a la bella extranjera por todos los rincones de la ciudad. No había salido el sol, cuando ya estaba de una casa en otra y de hostería en hostería preguntando por la esquiva y misteriosa joven, pero nadie le daba razón. Al anoecer, cansado ya de probar zapatos a todas las niñas casaderas, llegó a casa de la madrastra. Esta, inmediatamente, subió a hablar con sus hijas y le dijo a la mayor:

—Para que te quepa el pie en el zapato, córtate los dedos, que cuando



«Ruiponche», «Rapunzel» o «Isabel». Cuento de los Grimm ilustrado por Otto Ubbelohde

seas reina irás en coche y no tendrás que andar.

Se probó el zapato y, para decepción del príncipe, le cabía. Con un suspiro de tristeza iba a levantarse, cuando oyó decir al zapato:

—No sigas adelante
príncipe amante,
que el pie que te conviene
otra lo tiene.

Probaron a la otra hermanastra, que se había cortado el talón, y volvió el zapato a decir lo mismo. Y ya preguntó el príncipe:

—¿No tiene usted más hijas?

—No... como no sea la cochina cienicienta...

—Pues que salga.

Salió y el príncipe reconoció a su bella enamorada a quien, por cierto, el zapato



Grabado de Otto Ubbelohde para «La sepultura», de Grimm.

encajaba a las mil maravillas. Y se casaron y fueron muy felices y comieron perdices y a nosotros nos dieron con el plato en las narices.

JUAN LEÑERO Y LA MUERTE

Era un leñador muy pobre que tenía muchos hijos; malamente podía darles de comer con su trabajo pese a que se pasaba el día cortando y acarreado leña en el monte. Un día cazó una liebre y pensó:

—Si la llevo a casa se la van a comer los hijos y no la voy a probar siquiera... Mejor la compongo y me la como aquí mismo.

En efecto; preparó el guiso y se sentó tranquilamente a comer. Pero en esto oyó una voz detrás de él:

—Que aproveche, ¿eh?

Volvió la cabeza y vio a una vieja. Pensando que, si era del pueblo a lo peor contaba luego que le había visto zampándose él solo la liebre mientras sus hijos se morían de hambre, la invitó a comer.

—Tenga una zanca, abuela.

—Gracias, hijo; yo te lo he de devolver.

Conque en un abrir y cerrar de ojos se comió la zanca y media liebre más. Cuando acabó, le dijo al leñador:

—¿Sabes quién soy?

—Pues no señora.

—Pues soy la Muerte, y como sé que pasas muchas necesidades yo te voy a ayudar. En cuanto llegues al pueblo, empieza a decir a todo el mundo que tú eres curandero. Si te llevan delante de un enfermo y yo no estoy a la cabecera, es que sanará; si estoy junto a su almohada, no habrá remedio.

Conque así fue. Al principio todos se reían de él:

—Pero ¿cómo va a ser Juan Leñero curandero?

Un día se juntaron unos cuantos mozos para burlarse de él y metieron a uno de ellos en la cama.

—Que venga Juan Leñero.

Llegó y vió a la Muerte sentada en la mesilla. Al salir dijo a la familia:

—Este chico no tiene cura. Lo siento mucho.

Como no habían pasado siquiera diez minutos y ya estaba muerto el mozo, la gente se asustó y empezó a respetarle. Al cabo de unos días cayó muy enfermo el alcalde y llamaron a Juan Leñero para que diagnosticara. Al entrar en la habitación no vio a la vieja y se entretuvo allí un rato haciendo que le daba unas pócimas. Cuando terminó, dijo:

—Ya está; no hay cuidado. En unos días como nuevo.

Dicho y hecho. En pocos días estaba el alcalde de pie y mejor que antes.

La fama de Juan Leñero empezó a extenderse y mucha gente le llamaba y le pagaba fuertes cantidades de dinero con las que compró una casa grande donde metió a toda su familia. Pero un día se le apareció la Muerte.

—¿Cómo va el negocio?

—No va mal. Mi familia vive con acomodo, la gente me respeta y he comprado una casa que para sí quisiera un doctor.

—Ah ¿sí? Pues anda con cuidado no se te caiga el techo, porque cuando eso pase vendré a por ti.

Bueno. Se quedó Juan Leñero preocupadísimo. Llamó al constructor y a



«La princesa griega». Cuentos Célticos ilustrados por John D. Batten.

una cuadrilla de albañiles y les tenía todo el día en prevención de cualquier amenaza de derrumbe. Apuntalaron los muros de la parte alta y reforzaron las vigas del sobrado. Todo le pareció poco para evitar la visita de la vieja. Lo malo es que con el miedo y los problemas se le empezó a caer el pelo y se le quebrantó la salud en cuatro días. Entonces se presentó la Muerte y le dijo:

—Hola, calvo. ¿No te advertí que si se te caía al techo te llevaría? Pues ahora te vienes conmigo.

LA CORREA

Era una vez un labrador que tenía dos hijos que se llamaban Juan y Pedro. Cuando le llegó al mayor la edad de salir de casa, cogió el hatillo y se fue por esos mundos a buscar trabajo. Y andando andando llegó a casa de un señor que tenía una granja y se ajustó con él.

—Pero con una condición —dijo el señor—; que si uno no está conforme

con el trabajo del otro le podrá sacar la correa desde el cogote a la rabadilla.

—De acuerdo —dijo Juan.

Bueno, pues el primer día le mandó el amo al monte por leña y le encargó que cuando volviera a casa con el carro no lo metiera ni por la trasera ni por la puerta principal. Cuando regresó Juan quiso entrar por la trasera.

—¿No te he dicho que no entraras por ahí?

—¿Y por dónde diablos quiere que pase?

—Ah, ¿no estás conforme?

—Claro que no estoy conforme. ¡Habrás visto!

—Pues te sacó la correa.

Y le sacó una tira de piel del cogote a la rabadilla y se murió.

Al cabo de un tiempo le tocó a Pedro salir de casa y tomó el camino de su hermano. Llegó a casa del señor y se ajustó con él por el mismo sueldo y las mismas condiciones.

—Si uno no está conforme, le saca la correa al otro. Y el pago será cuando cante el cuco, en vez de por San Juan.

Bueno; pues el primer día le mandó el amo al monte y al regresar con la carga, como no podía entrar por la trasera ni por la principal, cogió una maza y abrió un boquerón para que pasara el carro.

—¿Pero qué haces, hombre de Dios?

—¿No está usted conforme?

—Eh, sí, bueno; estoy conforme.

Al día siguiente le mandó con una piara de cerdos al mercado para venderlos; pero por el camino, hablando con otros porqueros se enteró de que estaba sirviendo en casa del mismo amo que había matado a su hermano.

—Le sacó la correa.

—Ah, ¿sí? Pues se va a acordar.

Cortó el rabo a todos los cochinos y se les vendió a sus compañeros de viaje. Luego puso los rabos en un lodazal y volvió corriendo a casa.

—¿Señor amo, señor amo! ¡Que se ahogan los cerdos!

Cuando llegaron a la charca empezó el señor a tirar de los rabos, pero como



«Koisha Kayn». Grabado de John D. Batten.

tiraba con toda la fuerza pensando que estaba el cerdo dentro del lodo se daba unas costaladas fenomenales.

—¿Qué has hecho, desgraciado? ¡Me vas a arruinar!

—¿No está usted conforme?

—Esto... sí; conforme sí que estoy.

A la noche, hablando el señor con su mujer le dijo:

—Si ese bestia sigue aquí dos días más nos queda en la miseria, así que mañana, contra el alba, te subes a la encina que está orilla del corral y cantas como el cuco, que así le pago y se va.

Conque de madrugada se subió la mujer a la encina y empezó a cantar:

—Cucú, cucú.

—¡Diela! —despertó Pedro—. ¿El cuco cantando y estamos en febrero? Voy a ver si es cuco o cuca.

Cogió la escopeta y ¡pum! tiró a la encina. Cayó la mujer y salió el amo despavorido.

—¡Animal, más que animal! ¡Que me has matado a la mujer!



«Los hijos de Lir». Grabado de John D. Batten.

—¿No está usted conforme?

—¿Cómo voy a estar conforme?

Entonces cogió Pedro y le sacó la correa. Y así, vengó a su hermano. Y, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

EL RAMO DE ALBAHACA

Esta era una joven muy guapa y muy hacendosa que todos los días salía al jardín de su casa a regar las flores. Pasó por allí el hijo del rey y al verla tan hermosa le preguntó:

—Señorita que riega la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y ella no supo qué contestar y le dio mucha vergüenza. Al día siguiente pasó otra vez y preguntó:

—Señorita que riega la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Pero ella, que ya estaba preparada, le contestó a su vez:

—Diga el alto caballero,
¿cuántas estrellas tiene el cielo?

Le gustó al príncipe la contestación y se empeñó en conquistar a aquella joven como fuera. Se disfrazó de vendedor de encajes y bordados y fue a pasar por su puerta.

—¡Encajes, encajes!

Salió la joven y se entretuvo escogiendo hasta que encontró una pieza de su gusto.

—¿Cuánto me lleva por ésta?

—Por esa un beso. Que se deje dar un beso solamente.

Pensó que un beso recibido no crea compromiso y se lo dejó dar. Luego se metió para su casa considerando que había hecho un buen negocio. Pero al día siguiente pasó otra vez el príncipe y preguntó:

—Señorita que riega la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y ella respondió:

—Diga el alto caballero,
¿cuántas estrellas tiene el cielo?

Y contestó el príncipe:

—Y el beso del encajero
¿estaba malo o estaba bueno?

La joven se puso como la grana cuando reparó en el engaño y avergonzada no volvió a salir al jardín. Al príncipe, que bebía los vientos sólo por verla, le aquejó una gran melancolía y cayó enfermo en cama. Los doctores más sabios no acertaban con el tratamiento adecuado. Cuando llegó a oídos de la joven que el príncipe estaba grave, suponiendo que ella era la causa del mal, urdió una trama para ir a verle. Se vistió de médico y entró en la estancia donde deliberaban los doctores.

—Esto sólo tiene un remedio. Pero tengo que aplicarlo yo solo y el príncipe tiene que estar boca abajo.

Como era la última solución, los demás galenos aceptaron sin muchas trabas. Se dispuso al príncipe con la cabeza entre almohadones y boca abajo,



«Blancanieves», vista por Walter Crane. 1882. Londres.

de modo que no veía a quien entraba. La joven le levantó los faldones del camisón y le metió un nabo por el culo. Al príncipe le sorprendió el remedio, pero antes de que quisiese volverse ya había salido de la habitación el doctor, dejando sobre la almohada un ramito de albahaca.

La simple visión del ramo devolvió las fuerzas al enfermo, a quien el recuerdo de su amada enardeció de tal forma que a las pocas horas estaba como nuevo. Al día siguiente pasó por el jardín y allí estaba la joven regando como si nada hubiese pasado. Se acercó el príncipe y preguntó:

—Señorita que riega la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

—Diga el alto caballero,
¿cuántas estrellas tiene el cielo?

—Y el beso del encajero
¿estaba malo o estaba bueno?

—Y el nabo por el culo
¿entraba blando o entraba duro?

Entonces se dio cuenta el príncipe de la burla, pero como la quería más que a su vida decidió casarse con ella. Y fueron felices y comieron perdices y a mí no me dieron porque no quisieron.

LAS BRUJAS Y EL GIBOSO

Este era un buhonero que era giboso y estaba harto de tener que cargar con la mercancía y la giba. Un día, yendo de noche de un pueblo a otro, tuvo que atravesar un monte y al llegar a un claro estaban las brujas cantando alrededor de una hoguera:

—Lunes y martes y miércoles tres,
lunes y martes y miércoles tres...

Y el giboso, contagiado del ritmo orgiástico del aquellarre, continuó:

—Jueves y viernes y sábado seis,
jueves y viernes y sábado seis...



Ilustración de Apeles Mestres grabado por Fuster, para el cuento «La virgen de los ventisqueros», de Andersen. 1881.

El estribillo gustó entre las brujas que, lejos de castigar al atrevido, le quitaron la chepa dejándole una espalda recta y bien formada. Cuando de madrugada llegó al siguiente pueblo y contó a los vecinos la aventura vivida la noche anterior, uno de ellos, que también era cargado de espaldas, dijo:

—Ah, pues esta noche voy yo.

Conque así fue. Buscó el giboso el claro y allí estaban las brujas bailando y cantando:

—Lunes y martes y miércoles tres,
Jueves y viernes y sábado seis...

Y contestó el intruso:

—¡Y domingo siete, y domingo siete!

Y gritaron las brujas:

—¡La joroba de aquél ponérsela a éste!

Y se volvió el pobre al pueblo con dos gibas como un camello.

CABECITA DE AJO

Era un matrimonio de labradores que tenían un hijo, pero era chiquitín porque antes del parto la madre tuvo un antojo y dijo:



«La serpiente blanca». Walter Crane ilustró la edición inglesa de los Hermanos Grimm.

—¿Para qué quiero hijos grandes? Yo con uno como una cabecita de ajo me conformo.

Y en efecto; les salió un niño talmente como si fuera una cabecita de ajo. El niño era muy bueno y les ayudaba en todo lo que podía en la casa. Un día que su padre se había ido a arar, le dijo a su madre:

—Voy a llevarle la comida a padre.

—No hijo, que hay ladrones por los caminos y te pueden coger.

—Que sí, madre, que sí que voy.

Bueno, pues tanto insistió que la madre le montó en la oreja del burro y le mandó al pago donde estaba arando el padre. Por el camino se cruzó con unos ladrones que venían de robar y al ver un burro suelto dijeron:

—Anda, un burro sin amo; vamos a cogerle.

En cuanto oyó esto Cabecita de ajo, empezó a chillarle al burro en la oreja de tal forma que el pollino se asustó y no había ser humano que le siguiera, así que los ladrones dejaron que se fuera y continuaron su camino. Entretanto Cabecita de ajo llegó al pago donde estaba su padre arando y le sacó la comida.

—Tenga, padre, que mientras usted come yo llevaré la binadera.

—No, hijo, que igual caga el mulo y te tapa.

Pero tanto insistió que se puso detrás del animal y al poco rato echó una buena plasta el mulo y le tapó. Y el padre venga a buscarle, venga a buscarle, pero no le encontraba. Al anochecer se fue para su casa muy triste, y llegaron los ladrones a repartirse el botín del día.

—Esto para ti, esto para mí; esto para ti, esto para mí.

—¿Y para mí? —decía Cabecita de ajo desde la plasta—.

Los ladrones se asustaron al oír la voz, pero como no volvió a repetir siguieron:

—Esto para tí, esto para mí; esto para ti, esto para mí.

—¿Y para mí? —insistió Cabecita de ajo—.

—Esto es cosa de magia.

—A ver si estamos encima de algún cementerio antiguo —dijo uno de ellos—.

Echaron a correr y dejaron allí todo lo que habían robado. Cuando Cabecita de ajo consiguió salir de la plasta, cogió todas las alhajas —jarras de oro y de plata— que habían dejado, las cargó en el burro y se volvió a su casa. Con todo el botín pusieron sus padres una venta y les iba muy bien. Pero un día pasaron los ladrones por allí y vieron en una mesa de la venta una de las jarras perdidas.

—Mira por dónde hemos venido a encontrar lo que nos quitaron.

—Pues esta noche volvemos y lo recuperamos.

—Por esa chimenea grande podemos entrar...

Y todo lo estaba escuchando Cabecita

de ajo debajo de un plato. A la noche preparó un buena lumbre en el hogar y cuando oyó que bajaba el primero, sopló con el fuelle y las llamas subieron y le quemaron.

—¡Socorro! ¡Que me quemó!

Bajó otro y lo mismo. Y así intentaron bajar todos hasta que se dieron cuenta de que era imposible robar en aquella casa. Y Cabecita de ajo y sus padres vivieron desde entonces tranquilos y contentos. Y colorín colorate, por la chimenea sale un cohete y por la puerta diecisiete.

MARIA, LA ASADURA

Era un matrimonio que tenía una hija llamada María. Y el padre murió dejando más deudas que otra cosa. La madre se apañaba como podía con el jornal que sacaba cosiendo, pero siempre era poco, así que María empezó a administrar las escasas perras que tenían con cierta exageración.

Un día la madre la mandó a la carnicería:

—Vete a casa del señor Ricardo y traes la asadura de un cordero.

Pero como a ella le parecía un gasto excesivo, fue a la sepultura de su padre, le sacó la asadura, la llevó a casa y se la comieron. Y a la noche, cuando se acostaron, se oyó llamar a la puerta:

—Tan, tan.

—Quién, quién.

—María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura...

—Ay, madre, ¿quién será? —decía María—.

—Calla hija, que ya se irá.

—No me voy, no me voy que en el zaguán estoy.

Y otra vez:

—Tan, tan.

—Quién, quién.

—María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura...

—Ay, madre, ¿quién será?

—Calla hija que ya se irá.



Ilustración de Walter Crane para «La bella durmiente», de los Hermanos Grimm. 1882. Londres.

—No me voy, no me voy que en las escaleras estoy....

Y vuelta:

—Tan, tan.

—Quién, quién.

—María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura...

—Ay madre, ¿quién será?

—Calla hija, que ya se irá.

—No me voy, no me voy, que en la alcoba estoy.

Y seguía:

—Tan, tan.

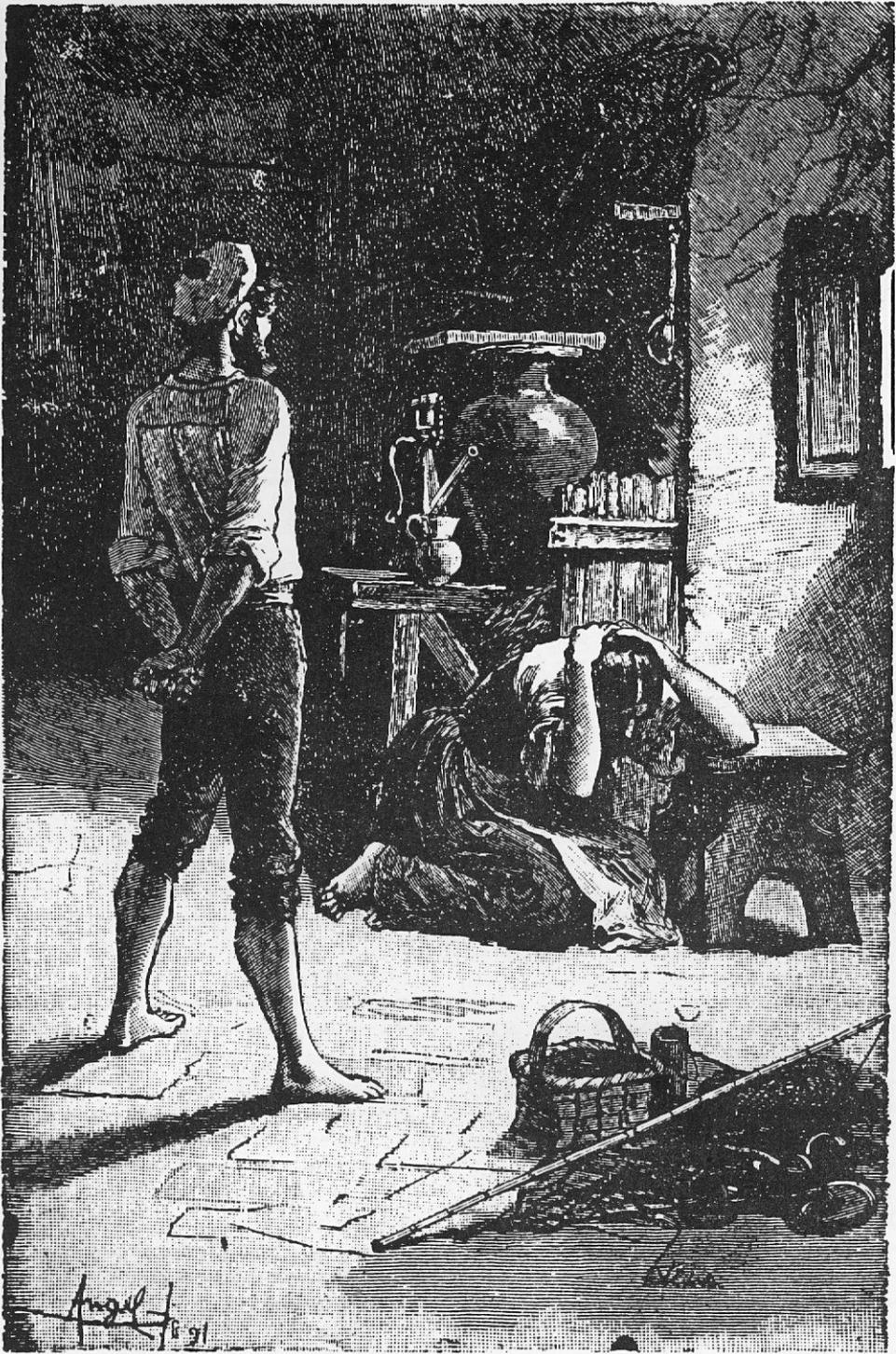
—Quién, quién.

—María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura.

—Ay, madre, ¿quién será?

—Calla hija, que ya se irá.

—No me voy, no me voy, que en el cabezal estoy.



Grabado de Eugenio Vela sobre un dibujo de Angel, para «La ambiciosa», publicado por Saturnino Calleja en 1891.

Y más cerca:

—Tan, tan.

—Quién, quién.

—María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura.

—Ay, madre, ¿quién será?

—Calla, hija, que ya se irá.

—No me voy, no me voy que ¡¡tirándote de los pelos estooyo!!

LOS FRAILES Y EL ZAGAL

Iban tres frailes por un camino y llegaron a una encrucijada de la que salían varios senderos en distintas direcciones. Como no sabían cuál tomar para encaminarse al pueblo donde iban a dar la Misión, le preguntaron a un rapaz de unos doce años que estaba cuidando cabras:

—Oye, chiquito, ¿a dónde va este camino?

—Vaya una pregunta. ¿no ve usted que se está quieto?

El primer fraile se calló, pero el segundo quiso insistir.

—¿Cómo te llamas, mocete?

—Yo no me llamo, me llaman.

También dejó sin habla al segundo fraile, pero el tercero que ya estaba un poco mosca de escuchar las respuestas del rapazuelo, le dijo:

—Oye mocoso, ¿qué hacen en tu pueblo con los críos pillos y descarados como tú?

—Les meten frailes.

Y se dio media vuelta y arreó el hato, dejando estupefactas a sus tres reverencias que, colocándose las capuchas y metiendo entrambas manos en las mangas de su hábito, continuaron en silencio su camino.

LA COMIDA DEL CURA

Este era un cura que tenía una criada nueva. Y un día tenían invitados a comer y dijo:

—Prepara unas gachas y una pava.



Letra capital de Apeles Mestres para «El patito feo» de Andersen.

Pero como no sabía muy bien la criada cuáles eran los gustos de su amo fue a la iglesia a preguntárselos:

—Pues ahora está diciendo misa —dijo el sacristán—, pero se lo vamos a decir cantando por el órgano.

Y empezó:

—Aquí está la tía María
a pedirle relación
de cómo guisa la gachas
y pide contestación.

Y el cura se volvió y dijo:

—Primero se echa el aceite
y después el almidón
luego se echa pimentorum
y se les da un revoltón.

Y el sacristán siguió:

—Señor cura, señor cura,
que aquí está la su criada
que cómo pone la pava,
frita o asada.

Y otra vez el cura:

—Frita frita no la quiero,
asada es como me gusta,
con un poco de salorum
y unas buenas patatorum,
per christum dominum nostrum.



Dibujo de Millar para «La princesa de algodón en rama», publicado por Saturnino Calleja.

Y cuando parecía que había acabado, se acordó y dijo:

—María, de la despensa
del tocino parte poco
que si no se nos acaba,
per christum dominum nostrum.
Y si vas a la bodega
no bajas a mucha gente
que nos beben todo el vino
y es confesión evidente. Amén.

EL SASTRE Y EL DEUDOR

Pues era una vez un hombre un poco tramposo que a todo el mundo debía y como veía difícil saldar sus cuentas por las buenas, se le ocurrió meterse en la cama y hacerse el enfermo. Por su cabecera fueron pasando los acreedores que, al verle en tal postración, le perdonaron. Todos menos el sastre:

—A mí, como si se muere. Me debe veinte duros de una hechura y me los pagará. ¡Vaya si me los paga!

Al deudor le fastidió tanto la salida del sastre que se hizo el muerto. Le metieron en la caja y le llevaron a la iglesia de cuerpo presente; pero el sastre, que no se fiaba demasiado de tan súbita defunción, se fue detrás y se escondió en el coro. A eso de la media noche, llegaron unos bandidos a repartirse el producto de una rapiña y se metieron en la iglesia. El caporal hizo montones para todos y al final, como sobraba uno, dijo:

—Ese montón para el que pegue una puñalada al muerto.

—Yo mismo —dijo uno—.

Y se acercó decidido a la caja; pero en ese momento abrió un ojo el muerto y el bandido salió corriendo.

—Pero ¿qué te pasa, cobarde? —dijo el caporal—.

—Que ese muerto no es normal. Ha abierto un ojo.

—Pues verás qué pronto le cierra.

Y cogió un hacha y fue derecho a donde estaba el muerto (esta vez sí, de miedo). Al verle venir, no se le ocurrió otra cosa que incorporarse y gemir con una voz de ultratumba:

—¡A mí, difuntos!

El sastre, que ya estaba viendo fea la situación, tiró un banco del coro y empezó a patear y a gritar:

—¡Allá vamos todos juntos!

Pies para qué os quiero. Salieron los bandidos como almas que lleva el diablo y no pararon hasta llegar a un monte. Allí, más serenos, dijo el caporal:

—Oye, ¿no os parece que nos hemos precipitado dejando en la iglesia todos los miles de duros que habíamos rapiñado?

Y mandó a uno a vigilar. Cuando llegó, el sastre y el deudor se terminaban de repartir la fortuna, y al acabar dijo el sastre:

—Bueno, y ahora mis veinte duros. Venga mis veinte duros.



Grabado de Breviere sobre un dibujo de Gustavo Doré para «Cenicienta», de Perrault. 1862.



Grabado de Walter Crane para «El pájaro de oro», de los Hermanos Grimm. 1882.

Salió otra vez corriendo el bandido y llegó jadeante a donde estaban sus compañeros:

—Ni se os ocurra volver. ¡Fijaos los que serían que no han tocado más que a veinte duros!

AGUA PARA TODOS

Era una señora que se llamaba Perica y era muy devota, sólo que tenía el defecto de ser muy taca y muy egoísta. Y después de la sementera rezaba todos los días:

—Cristo del Amparo, agua para mis tierras. Cristo del Amparo, agua para mis tierras...

Pero un día se formó un nublado terrible, se abrió el cielo y empezó a apedrear con tal fuerza que la señora Perica, asustada, sólo sabía decir:

—¡Cristo del Amparo, que caiga para todos! ¡Cristo del Amparo, que caiga para todos!

LA RAPOSA Y EL SAPO

Una raposa y un sapo empezaron a porfiar sobre cuál de los dos correría más. Y decía el sapo:

—Mira si estoy seguro de que te gano, que te doy dos pasos de ventaja.

—¿Hasta dónde?

—De la charca al pino
y volver por el mismo camino.

Conque se puso la raposa delante y cuando iba a echar a correr, de un salto se le subió el sapo en la cola. Y al poco la animaba:

—¡Vamos raposita!

Y ella, creyendo que venía corriendo detrás, apretaba el paso. Al llegar al pino dijo el sapo:

—Del pino a la charca
que allí está la marca.

Y otra vez la raposa como loca corriendo. Cuando iba a alcanzar la charca se paró.

—¿Dónde estará este demonio de sapo que ya no le oigo?

Momento que aprovechó el sapo para dar un salto desde la cola y llegar el primero.

EL SAPO Y LAS PRISAS

Salió el sapo un día de verano a dar una vuelta y llegó a un arroyo. Empezó a pensar que cómo lo saltaría mejor y se estuvo allí seis meses meditándolo. Cuando ya le pareció que estaba preparado, infló el pecho y tensó las ancas; pero como mientras tanto se había deshelado la nieve de la montaña y el arroyo venía muy crecido, calculó mal y se quedó espatarrado en medio del arroyo.

—No, si ya sabía yo que las prisas no son buenas para nada...



Dibujo de Rafael Penagos para «Juanito y Margarita» (Hansel y Gretel), publicado por Saturnino Calleja.

EL CORCHO DE MIEL

Eran una raposa, un lobo y un oso que no tenían qué comer. Y dijo el oso:

—Así no podemos seguir. Cada uno que robe lo que pueda y a la noche nos reuniremos aquí a repartir lo que hayamos recogido.

Conque salió la raposa corriendo a un gallinero, y ya estaba para saltar la cerca, cuando salió un perro que le metió dos buenos mordiscos en los perniles y la dejó sin ganas de comer.

El lobo, por su parte, siguió a un rebaño hasta el aprisco y cuando pensó que estarían los perros dormidos se aventuró a acercarse. En un santiamén salieron dos mastines que le dejaron sin orejas y sin rabo.

El oso, como goloso, se fue a un colmenar y quiso llevarse un panal, pero en cuanto las abejas sintieron que al-

guien metía un corcho para probar la miel de la colmena, salieron y le pusieron como un acerico. Con el corcho todavía en la mano llegó el oso a donde había quedado con sus compañeros.

—¿Qué traéis?

—Yo unos muerdos en las nalgas —dijo la raposa—.

—Pues ya me ves a mí —dijo el lobo—. Descolado y desorejado.

—Bueno, pues nos tendremos que repartir el corcho —comentó el oso—.

—Eso, eso —dijo la raposa—. El que más años tenga, para él.

Dice el lobo:

—Yo soy más viejo que la orilla del río.

—Cuando el río hizo la orilla ya existía la raposilla —dijo la raposa—.

Y el oso, acordándose de lo mal que lo había pasado, dijo:

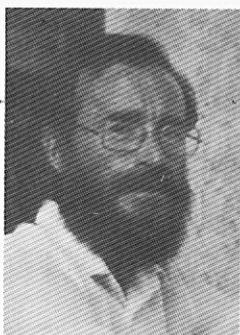
—Pues yo no tengo más que ocho, pero ¡ay de aquel que toque el corcho!



Ilustración de John D. Batten para el cuento «Elidore». 1894.

BIBLIOGRAFIA

- CORTES VAZQUEZ, Luis: *Leyendas, cuentos y romances de Sanabria*. Salamanca. Gráficas Cervantes, 1961.
- CORTES VAZQUEZ, Luis: *Cuentos populares salmantinos*. Salamanca. Librería Cervantes, 1979. 2 volúmenes.
- CHEVALIER, Maxime: *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*. Madrid. Editorial Gredos, 1975.
- DIAZ, Joaquín-CHEVALIER, Maxime: *Cuentos castellanos de tradición oral*. Valladolid. Ediciones Ambito, 1983.
- DIAZ, Joaquín: *Cuentos para niños*. Madrid. Ediciones de la Torre, 1987.
- ESPINOSA, Aurelio M. (Hijo): *Cuentos populares de Castilla y León*. Tomo I. Madrid, CSIC, 1987.
- REVISTA DE FOLKLORE. Sección de Canciones y Cuentos. Caja de Ahorros Popular de Valladolid, 1981-1987.



JOAQUÍN DÍAZ nació en Zamora el 14 de mayo de 1947. Cursó estudios en Valladolid. Durante años, desde 1965, ofreció recitales y conferencias en muchos países, popularizando la cultura tradicional a través de actuaciones en los medios de comunicación de Europa, Asia y América.

Ha grabado 28 discos y producido otros tantos. Ha escrito veintitrés libros sobre aspectos diversos de la tradición oral (romances, canciones, cuentos, adivinanzas, trabalenguas, teatro, indumentaria, etc.) Dirige la *Revista de Folklore* y el Centro Etnográfico de Documentación que lleva su nombre en la Diputación Provincial. Es Académico de Bellas Artes y miembro del Instituto de Estudios Zamoranos. Perteneció al International Council for Traditional Music y es Doctor *honoris causa* por la Universidad de Saint Olaf, en Minnesota.

NUMEROS APARECIDOS DE LA COLECCION

1. **Valladolid entre ríos (I)**, por *Amando Represa*.
2. **Nombre y renombre de Valladolid**, por *César Hernández Alonso*.
3. **Valladolid entre ríos (II)**, por *Amando Represa*.
4. **Romanización**, por *Tomás Mañanes*.
5. **Instrumentos populares**, por *Joaquín Díaz*.
6. **Así hablamos**, por *César Hernández Alonso*.
7. **Inundaciones, incendios y epidemias**, por *María Antonia Fernández del Hoyo*.
8. **El románico**, por *Javier Castán Lanaspa*.
9. **Bautizos, bodas y entierros**, por *Angel Lera de Isla*.
10. **Castillos**, por *Felipe Valbuena*.
11. **Juegos populares**, por *Carlos Blanco Alvaro*.
12. **El toreo y la torería**, por *Emilio Casares Herrero*.
13. **La Inquisición (Autos de Fe)**, por *Teófilo Egido*.
14. **El cinematógrafo (1896-1919)**, por *Luis Martín Arias y Pedro Sáinz Guerra*.
15. **El gótico**, por *Javier Castán Lanaspa*.
16. **El teatro en el siglo XX**, por *Ricardo de la Fuente*.
17. **Representaciones navideñas**, por *José Luis Alonso Ponga*.
18. **Monasterios Cistercienses**, por *Clementina Julia Ara Gil*.
19. **El «marrano Antón»**, por *Antonio Sánchez del Barrio*.
20. **La cestería**, por *Mercedes Cano Herrera*.
21. **Literatura popular (Pliegos y cople-ros)**, por *Luis Díaz Viana*.
22. **El carnaval**, por *A. Sánchez del Barrio y J. L. Alonso Ponga*.
23. **Ferias y Mercados**, por *Bartolomé Yun Casalilla*.
24. **Semana Santa**, por *Jesús Urrea*.
25. **Los judíos**, por *Carlos Merchán Fernández*.
26. **Los gremios**, por *Máximo García Fernández*.
27. **Ciencia y técnica en Valladolid**, por *Anastasio Rojo Vega*.
28. **El Campo Grande**, por *María Antonia Fernández del Hoyo*.
29. **Plantas medicinales en Valladolid**, por *Alfredo Martínez Ramírez*.
30. **Ingenios y máquinas antiguas**, por *Nicolás García Tapia*.
31. **Cuentos tradicionales en Valladolid**, por *Joaquín Díaz*.

32. Nuestros Ayuntamientos

por José María Pérez Chinarro

Como otras instituciones el Concejo Medieval comenzó reuniéndose en locales prestados. El claustro de la Colegiata, iglesias, palacios, casas alquiladas y plazas de mercado vieron los primeros «ayuntamientos» del órgano rector de la ciudad. Impulsados por la Corona y ante la necesidad de dar cobijo a gran diversidad de servicios, se construyeron, entre los siglos XVI y XIX, un reducido pero selecto número de edificios que presiden nuestras plazas mayores.



Editada por la
OBRA CULTURAL
CAJA DE AHORROS POPULAR
DE VALLADOLID

150 pesetas